

terres nacionales en lo que tengan de original y de bello, son aporte necesario a la civilización futura y ellos deben subsistir pero sin imponerse y cuidando de subordinar el patriotismo nacional a los intereses del patriotismo continental, así como, por ejemplo, los mexicanos hemos subordinado los patriotismos provinciales de Sonora, de Oaxaca, o de Veracruz al patriotismo mexicano; de igual suerte, los argentinos, los brasileros, los mexicanos, los chilenos, debemos subordinar nuestro sentimiento nacional al patriotismo continental. En esta convicción debe educarse a los niños de Ibero América, ya que la mayoría de los hombres de la actual generación es incapaz de entenderlo.

Sexto.—Creo que la única manera de resolver el problema de los Estados Unidos es hacernos tan fuertes como los Estados Unidos; para llegar a serlo es menester trabajar tanto como han trabajado los norteamericanos. También habemos menester de orientaciones definidas desprovistas de odio y aun de espíritu de rivalidad. Los Estados Unidos son un gran pueblo y nosotros estamos llamados a ser otro gran pueblo, y si en los Estados Unidos y entre nosotros triunfa el régimen socialista moderno animado de fraternidad universal, no hay nada que temer, pues caminaremos juntos hacia el futuro, conservando cada cual su personalidad propia.

JOSÉ VASCONCELOS.

¿Será ya el principio del fin?

UN PUNTO NEGRO

Es allá por la Costa Norte de Honduras, donde ha surgido un punto negro, o más bien una nube de puntitos negros. Mil quinientos puntos que se desprendieron de las Antillas, o de por ahí cerca; que el viento del Norte arrastró, y vino a depositar suavemente sobre las arenas de la Costa Hondureña. Costa de cocotales y de bananales, de maderas preciosas, de resinas balsámicas; Costa de Oro, en fin, de la cual es el oro para los extraños, y para Honduras... el honor.

Cuando la nube negra, ya deshecha la ilusión de la perspectiva, se resolvió en lluvia, pudo advertirse que las gotas no eran gotas así no más, sino provista cada una de dos macizas piernas, recio tronco, brazos nervudos y una crespita y lozana cabellera, provista de ancha boca donde relucen íntegros, treinta y dos dientes blancos, apretados, agudos, capaces de triturar en solo un *lunch*, al más heroico de los heroicos pueblos del heroico Istmo.

Mil quinientos ¿colonos? que llegan así, de una sola vez, sin que nadie les haya invitado, y sin haber mandado siquiera un recadito, previniendo al dueño de la casa para que les tuviera alojamiento apercebido... la verdad es que no se acostumbra, y casi pudiera tacharse de incorrecto. Porque, ¡vamos!, aunque la casa esté desierta y la finca sin cercas, y haya cundido la fama de que hace falta gente, al fin y al cabo el dueño de la casa y de la finca merece alguna consideración, algún respeto, y lo menos que exigiría la buena crianza fuera gritarle: «¡oiga usted! hágase a un lado, porque voy a

saltar para allá, y puedo caerle encima!»

Ya desde antes, desde hace un año y siete meses, si mal no contamos, estas visitas inesperadas habían comenzado; en los momentos precisos en que los Constituyentes Federales se mataban deliberando si el preámbulo de la Constitución habría de ser *en nombre de Dios, o en nombre de Monsieur Augusto Comte*, en esos momentos precisos desembarcaban en la Ceiba cien negros antillanos—o no antillanos—, sin decir buenos días, sin preguntar «¿se puede?», sin que los nervios hondureños sufrieran la más ligera excitación por aquel exceso de negra confianza. De entonces a hoy, Dios sabe cuántas *linchadas* de antillanos—o no antillanos, que eso es lo de menos—, habrán hecho su advenimiento, sin que los estadistas hondureños, atareadísimos en la tarea de *salvar la patria* (ocupación favorita de todo centroamericano bien nacido), hayan advertido que la población de Honduras estaba creciendo más de prisa que un trozo de masa a la cual un panadero concienzudo harta de levadura y de bicarbonato.

Ha sido necesario que esas irrupciones tomaran desmesurado volumen, que de una sola vez desembarcaran *mil quinientos negros*, ciudadanos de... no se sabe dónde, para que los estadistas de Honduras—gente de Congreso y gente de prensa—, sintieran alguna inquietud, y se dispusieran... a protestar!

Naturalmente, siendo los hondureños centroamericanos legítimos, ya se adivina que mientras unos protesta-

ban, otros asentían, aplaudían acaso, y ya se habrá formado o se estará formando un nuevo partido *liberal*, resuelto a salvar la patria, o lo que es lo mismo, a echarles zancadilla a los actuales salvadores.

Se comprende que los hondureños, inquietos, hayan *protestado*. Nosotros, en tal caso, también habríamos protestado. Son *mil quinientos*, qué diablo! ¡Es casi un ejército! Con otros quinientos que se agregaran, de los muchos que ya vivían en la Costa Norte antes de suceder esta invasión, ya serían dos mil, que probablemente no han venido a Honduras sólo a cambiar de clima y a conocer los ópalos. Búsquense ustedes por ahí un filibustero, un Musolini o un D'Anunzio, cimarrones o cosmopolitas, póngale al frente de esos dos mil *huéspedes*, y ya tiene Honduras para rato... Y cuidado que si alguna vez hubo gentes desalmadas, dispuestas a servirse de una ocasión, es ahora. La doctrina internacional de Francia, de que la mejor política es *la del puño en el cuello del adversario*, tiene ahora millones de adeptos en el mundo; cada uno de ellos se siente francés, y se imagina que todo lo que está mal puesto es alemán.

Así, pues, con razón han protestado los estadistas hondureños. Y no han protestado así como quiera, sino *enérgicamente*.

Este conocido remedio centroamericano, rival, en eficacia, de las Píldoras Rosadas y del Aceite de Hígado de Bacalao, ha sido aplicada, una vez más, a la curación de un mal peligroso en su forma aguda. La protesta, usada en dosis conveniente, siempre alivia.

En esta ocasión los estadistas comprendieron que se imponía una protesta a dosis máxima, es decir, *enérgica*.

Se conocen los efectos de tal medicamento; son muy parecidos a los de un lavado cuando se padece de constipación pertinaz: desahogo, sosiego, sueño reparador y profundo. Con la protesta sucede lo mismo: ya que uno ha protestado a su gusto, con fuerza, *con toda la energía que le caracteriza*, se sienten desahogo y paz y serenidad tan grandes, que ya nada le importa a uno en la vida. Los males, claro está, no se curan,—puesto que en palabras se gasta la energía que debió reservarse para los hechos—; los males siguen creciendo, y el paciente bien lo advierte; pero no se aflige, y si por ventura se inquieta, luego se tranquiliza recordando que tiene a la mano el alivio seguro y pronto: si es caso de constipación, un buen lavado; si es de patriotismo, una buena protesta.

Los mil quinientos negros que des-